

---

## FILOSOFÍA DE LA TECNOLOGÍA: MARX ENTRE NOSOTROS

JOSÉ A. LÓPEZ CEREZO

Los aspectos técnicos, y también sociales, del mundo humano no han sido precisamente un tema favorito en la historia de la filosofía occidental. Ya en el pensamiento clásico, con su énfasis intelectualista, encuentra problemas el desarrollo de una filosofía de la técnica. Para Platón, por ejemplo, la *téchne* es entendida como un tipo especial de conocimiento. La *téchne* hace uso del logos, involucra lenguaje y conocimiento de las cosas, pero no hay un logos propio de la *téchne*. No hay una razón propia de artes como la carpintería (*Filebo*, 55 e-58 c): ésta involucra el número y la medida pero la aritmética no termina en las cosas numeradas del trabajador de la madera. El término genérico mismo "tecnología" sería un sinsentido en este contexto. No sin cierta ironía, apunta C. Mitcham en *Thinking through Technology* (Chicago Univ. Press, 1994), sólo la retórica llega a ser entendida en el pensamiento clásico, con Aristóteles, como una tecnología en sentido literal: el razonamiento sistemático sobre el arte de la persuasión.

En la tradición filosófica, un elemento transversal de los diferentes *ismos* es que continúa despreciándose la técnica, y en general la actividad práctica, como objeto de reflexión. No hay, por ejemplo, una crítica de la realización tecnológica o del fenómeno técnico que complete las críticas kantianas clásicas del conocimiento científico (Razón Pura), la acción moral (Razón Práctica) y el sentimiento estético (Juicio). Es el vacío que lamentaba y que trató de corregir F. Dessauer, más ingeniero que filósofo, en la primera mitad de este siglo. Para Dessauer, Kant había tenido la mala fortuna de omitir el único ámbito humano, la invención tecnológica, en el que supuestamente se consigue establecer un contacto positivo con la cosa en sí misma, con los objetos técnicos.

En contraste con la importancia de la técnica en la historia de la humanidad, la filosofía no se ha ocupado demasiado de ella. La situación

se hace aún más anómala en este siglo que termina, dada la ubicuidad y relevancia que ha alcanzado la tecnología contemporánea. Excepto algunos autores aislados anteriores a los años setenta, entre los que destacan especialmente Ortega y Heidegger, los filósofos profesionales no prestan mucha atención al fenómeno técnico hasta tiempos bien recientes. ¿Por qué surge tan tardíamente el interés por los problemas ontológicos, epistemológicos o éticos que puede plantear la tecnología, al menos con relación a otros campos filosóficos de interés tradicional como la ciencia, la historia, la belleza o la moral?

Los motivos de esa omisión son conjeturados por uno de los autores pioneros en este campo, Mario Bunge, en su prefacio a *Technology: Philosophical and Social Aspects* (Reidel, 1985), de Joseph Agassi. De acuerdo con Bunge, el estudio de la tecnología desde la filosofía ha sido evitado por tres factores principales. En primer lugar, muchos autores confunden la tecnología con la ciencia, o se limitan a concebir aquélla como una mera aplicación de ésta, de modo que parece suficiente desarrollar una filosofía de la ciencia para dar cuenta también de la tecnología. En segundo lugar, la mayoría de los autores académicos no llega a entender la riqueza conceptual de la tecnología; no comprende que, a diferencia de las técnicas artesanales, la tecnología moderna presupone a la ciencia e implica investigación, diseño, planificación, innovación, etcétera, todos ellos procesos poco comprendidos y que involucran difíciles problemas conceptuales. Y, en último lugar, el olvido de la tecnología en la tradición filosófica es también un reflejo del desprecio tradicional en el mundo académico por cualquier cosa que suene a actividad práctica. La reducción filosófica del ser humano a sus capacidades intelectuales es como la larga uña que los mandarines se dejaban crecer en la antigua China: una forma de distinción social, un testimonio de no tener nada que ver con el trabajo manual.

Afortunadamente, las cosas han comenzado a cambiar desde hace algunas décadas en el panorama internacional, especialmente tras la aparición del llamado "síndrome de Frankenstein": la sensibilización pública en los años sesenta y setenta sobre los efectos adversos de una tecnología mal comprendida y fuera de control. Entre los responsables del cambio académico en otras latitudes, y además del propio Bunge, pueden señalarse autores actuales como Joseph Agassi, Paul Durbin, Andrew Feenberg, Frederick Ferré, Don Ihde, Hans Jonas, Hans Lenk, Carl Mitcham, David Noble, Robert Pool, Friedrich Rapp, Kristin Shrader-Frechette, Mary Tiles, Langdon Winner y muchos otros. En el mundo de habla hispana, con los notables antecedentes de Ortega y García Bacca, destacan filósofos actuales como Javier Echeverría, Miguel A. Quintanilla y José Sanmartín. No es casual que muchos de estos autores, y el desarrollo de la propia filosofía de la tecnología como disciplina, estén vinculados a los llamados estudios CTS (por "Ciencia, Tecnología y Sociedad"), como un

intento de actualizar anacrónicas imágenes sobre la naturaleza de la ciencia y la tecnología, y sobre las relaciones de éstas con la sociedad.

Diversas sociedades profesionales, así como nuevas revistas especializadas y series de libros, contribuyen hoy a difundir la filosofía de la tecnología a nivel internacional y en el ámbito iberoamericano. Las cosas no sólo comienzan a cambiar poco a poco, sino que además considero que tenemos la obligación moral de ser optimistas. Por aquello de la profecía autocumplida, pero también por la importancia de la tecnología en la sociedad actual y el papel que podría desempeñar la reflexión filosófica. Dice el filósofo Hans Jonas, en su obra *Técnica, medicina y ética* (Paidós, 1997; p. 15), que la tecnología alcanza hoy día a casi todo lo que concierne a los seres humanos: “vida y muerte, pensamiento y sentimiento, acción y padecimiento, entorno y cosas, deseos y destino, presente y futuro”. Cuando la tecnología se ha convertido en un problema apremiante que ocupa el centro de la existencia humana, no puede por menos que ser asunto de la filosofía. Tiene que haber, concluye Jonas, algo así como una filosofía de la tecnología.

En este sentido, la filosofía no puede seguir viviendo al margen de la vertiginosa transformación del mundo actual. Hacer de la tecnología un objeto de reflexión filosófica es también, según entiendo, retomar el espíritu crítico y el interés por los asuntos sociales que distinguió a la filosofía desde la antigüedad clásica hasta J. S. Mill y K. Marx. Quizá no se equivocaba Jacques Ellul (*A temps et à contretemps*, 1981) cuando decía que, de haber nacido un siglo más tarde, Marx hubiese buscado otro tema y otro título para su obra capital. Sin muros que nos separen, hoy se dice que la historia ha llegado a su fin, que debemos resignarnos a la cultura tecnológica y el libre mercado. Es en nuestro tiempo, cuando los problemas sociales son concebidos como problemas técnicos, donde más necesario es reflexionar críticamente sobre nuestras condiciones de vida. Tenemos que recuperar a Marx entre nosotros.